

FILMS DE AMOR

La Estrella del Olimpia



Núm.
80

25
CTS.

Louise Lagrange - Ricardo Cortez



PERRET, Lencia

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 80

La Estrella del Olimpia

(LA DANSEUSE ORCHIDÉE, 1927)

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por los célebres artis'as de la pantalla

Louise Lagrange - Ricardo Cortez

GASTON JACQUET y XENIA DESNI
por MANUEL NIETO GALAN

Cinematográfica Nacional Española, S. A.

C I N E A S

REPARTO

Léncha L. LAGRANGE
Yoannés R. CORTEZ

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

PRIMERA PARTE

Por la alegre carretera que conduce al hermoso país vasco francés, marchaba una diligencia, al paso tardío de su tiro. Su interior se hallaba ocupado por dos viajeros de ambos sexos; una de ellos era el sacerdote de un pueblecito próximo y la otra la preciosa Luicha Kattalini, que volvía de París a su pueblo natal, después de haber pasado varios años en la Ciudad Luz.

La llegada de Luicha fué un verdadero acontecimiento en el pequeño pueblo y su anciana madre, "Mamá Kattalin", como la llamaban, corrió a abrazar a su hija diciéndole:

—¡Hija mía, estás completamente desconocida!... ¡Te ha sentado admirablemente la vida de París!

—Sí, mamá — respondió la muchacha—. La casa donde trabajaba como institutriz, es de las mejores y me trataban admirablemente. No sabes lo que me ha costado conseguir estos días de permiso para venir a verte.

Y madre e hija, en un fuerte abrazo, subieron a la pequeña casita que poseían, mientras que uno de los muchachos corrió a avisar Yoannés, un buen mozo y admirable pelotari, amigo íntimo, desde la infancia de Luicha.

—¡Yoannés, Yoannés! — le gritó desde la puerta de la casa de éste—. Luicha ha venido de París.

Yoannés no necesitó saber más, sino que cogiendo su boina, echó a correr hacia la casa donde estaba aquella chiquilla de otros tiempos, con quien había jugado a novios en su niñez.

Cuando llegó a ella encontró a "Mamá Kattalin" y le preguntó:

—¿Es verdad que ha llegado Luicha?

—Sí, hijo mío — respondió la anciana—. Está de institutriz en una casa de París y ha obtenido permiso para venir a verme.

—¿Dónde está, dónde está? — preguntó ansiosamente el muchacho.

—Mírala, aquí viene — exclamó la vieja, señalando la escalera, por donde bajaba en aquel momento la joven.

Yoannés, al verse ante ella, se sintió sobrecogido por la belleza de la muchacha, a quien hacía varios años que no veía y ella fué la que tuvo que romper el encanto de la admiración diciéndole:

—Yoannés, ¿no vienes a saludarme?

Corrió él hacia donde estaba Luicha y las

manos de los jóvenes se enlazaron fuertemente, mientras la anciana les decía:

—Podéis abrazaros como cuando érais chiquillos. ¿No os acordáis que siempre andabais diciendo que érais novios?

Atraídos el uno hacia el otro por el cariño que se tenían, se estrecharon en un fuerte abrazo, un abrazo de verdadero amor, de un amor puro y sin pecado, como sus almas inocentes.

Por la noche, mientras la anciana dormitaba junto al "hogar", los dos muchachos, pasando las hojas de un viejo album de fotografías, volvían a vivir mentalmente en el marco dorado de sus días de infancia. A medida que miraban las fotografías Yoannés le iba recordando aquellos tiempos diciéndole:

—¿Te acuerdas cuando vendíamos periódicos juntos? — pasaban otras hojas y aquellas fotografías surgían en él otra pregunta—. ¿Te acuerdas cuando bailamos hasta caer rendidos? — y así en este dulce coloquio, fueron pasando hoja tras hoja, que era la mismo que volver a vivir día tras días, los felices tiempos de la niñez. Llegaron al final y "Mamá Kattalin" seguía dando cabezadas. Yoannés llamó la atención de Luicha y le dijo:

—Fíjate, no ha cambiado. Lo mismo que cuando éramos novios.

Por la mente de los dos jóvenes cruzaron las antiguas palabras de amor y se miraron a los ojos. El uno percibía el aliento de otro,

tan cerca de su rostro, que sin poder resistir a la tentación, unieron sus bocas en un beso de apasionado amor.

Los días que se sucedieron fueron de inmensa felicidad para los dos enamorados. Juntos iban a todas partes, recorrían los mismos lugares, donde habían estado de niños y aquel amor infantil se hacía más fuerte en sus corazones.

Llegó la noche de San Juan, noche de alegría y regocijo, en la que la juventud abre sus alas a la vida en un inmenso deseo de goce y Luicha y Yoannés, recorrieron todas las casetas de la feria, como dos pajarillos que gozaban por primera vez de libertad, y aquella noche, cuando llegaron a casa de la joven, Yoannés la dijo:

—¡Luicha, te amo con toda mi alma, como jamás creí que se pudiera amar! ¿Y tú me amas?

—Sí, Yoannés, tú has sido y eres el único hombre a quien he amado! — exclamó ella, ofreciendo su boquita, en la que el mozo puso toda su alma, en un beso.

—Luicha — volvió a decirle él—. Si quieres ser mi esposa, nos casaremos enseguida y marcharemos a América, allí podremos vivir felices y ser el amparo de nuestros compatriotas emigrados.

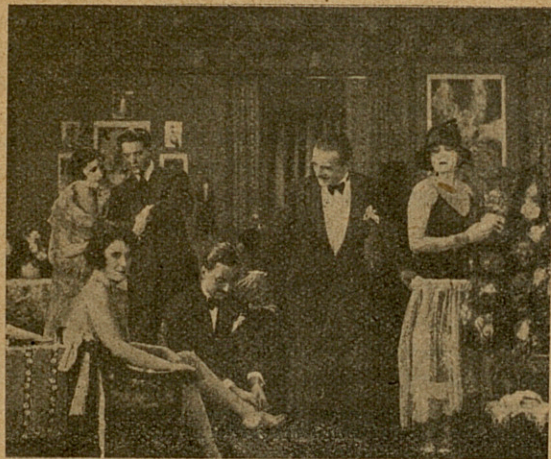
—Yo haré lo que tú quieras, Yoannés — respondió Luicha.

Y en aquella noche de San Juan, embriagados por el perfume de las flores y envueltos en la azulada luz de la luna, los dos amantes se juraron amor eterno, se dedicaron sus vidas y sus promesas brotaban de sus labios como torbellino impetuoso en las que se desbordaba toda su pasión.

SEGUNDA PARTE

Los amores de Luicha y Yoannés siguieron su curso normal, sin que nada viniera a interrumpirlos. "Mamá Kattalin" se hallaba loca de alegría al saber que los dos muchachos se amaban, pero lo que ella no sabía ni tampoco Yoannés era la verdadera vida que Luicha llevaba en París.

Conocía de sobras el carácter y los sentimientos de sus paisanos y por ello Luicha había ocultado su verdadera profesión. No era institutriz, como había dicho, sino que su nombre era aclamado por el público parisino como la bailarina más famosa que se había conocido. Actuaba en el elegante teatro Olímpia y



Actuaba en el elegante teatro Olimpia.

la gloria y la fortuna le sonreían con su mueca más incitante.

Pasados los primeros días de aquella novela amorosa, recordó su compromiso con la empresa del teatro y el contraído con Yoannés. Por un momento estuvo decidida a decirle toda la verdad, a confesarle su vida, pero pronto desechó esta idea, convencida de que él y todos los del pueblo la despreciarían considerándola como una pecadora. A medida que avanzaban los días, la situación se hacía más imposible. París y América, las dos poblacio-

nes que le abran sus puertas al porvenir, rodaban por su imaginación enloqueciéndola. Una le ofrecía la gloria, la fama, la vida de lujo y de esplendor, como "Estrella del Olimpia", la otra una existencia oscura, vulgar, sin más aliciente que el inmenso amor que sentía por Yoannés. Pudo más en ella su afán de gloria y el día que tenía señalado para partir a París le escribió una carta diciéndole:

Perdóname, Yoannés. No puedo ser tu esposa. Mi vida en París me reclama. Es un secreto que tú no puedes comprender, pero ten la seguridad de que te amo y te amaré mientras viva.

Luicha

Yoannés se hallaba en el frontón cuando recibió la carta y corrió a casa de Luicha. Ya era tarde, la joven había marchado aquella misma mañana y su madre no supo más que decirle:

—Luicha se fué esta mañana y me dijo que ya se había despedido de ti.

Yoannés no supo que contestar. Temió decirle la verdad a la anciana y al día siguiente, sospechando que el secreto que encerraba la vida de Luicha era muy diferente del verdadero, se encaminó hacia París en busca de ella.

Durante varios días estuvo completamente desorientado. No tenía ninguna pista que lo pusiera en el camino de la que buscaba, pero

la casualidad vino un día en su ayuda y por una de las calles de la capital vió varios carteles anunciadores de la artista. Aquella misma noche se presentó en el teatro y le dijo, al portero.

—¿Podría hablar con la señorita Luicha Kattalin?

—Tiene que entrar por la puertecita del escenario. Allí le dirán cual es su camerino — le respondió éste.

Yoannés siguió la indicación del portero y al llegar a la puerta señalada, pasó por delante de él una simpática muchacha, a quien se le cayó un guante. Se apresuro el muchacho a entregárselo a la vez que le decía:

—Señorita, ¿podría usted decirme, si es ésta la entrada de los artistas?

—¿Por quién pregunta usted? — le interrogó la muchacha, que se llamaba Daniela Scott y que actuaba como bailarina en el mismo teatro.

—Por Luicha Kattalin — respondió tímidamente Yoannés.

—Es muy amiga mía — exclamó la muchacha—. Pase usted que yo le indicaré cual es su camerino.

En aquel instante Luicha acababa su número y después de recibir los aplausos unánimes del público entró en su cuarto y se entregó en manos de su doncella, para que le quitara el vaporoso traje que vestía. No había termi-

nado de vestirse, cuando unos discretos golpes dados en la puerta hicieron salir a la sirviente y se encontró con un desconocido que le dijo:

—Haga el favor de decirle a la señorita Luicha, que hay aquí un paisano suyo que le trae noticias de su pueblo.

Cumplió la doncella la orden recibida y Luicha, sin poder adivinar de quien se trataba, salió a recibir al visitante. Su asombro no tuvo límite cuando vió ante ella al propio Yoannés.

—¡Tú, aquí! — exclamó—. ¿A que has venido?

—A verte — respondió el otro, y al ver el lujo que ostentaba, exclamó despedido:

—¿Crees acaso, Luicha que mi amor por tí merecía este engaño?

—Perdóname Yoannés, pero no me atreví a decirte la verdadera vida que hacía en París. Si lo hubiera dicho en el pueblo tú, y todos, me hubiérais despreciado. Allí la vida de bailarina quiere decir vida de perversión — exclamó la muchacha.

—Eso será para los demás — contestó Yoannés — pero mi amor tenía derecho a saber toda la verdad. Si tu vida es tan pura como dices, ¿a qué negármela?

En aquel instante la doncella entró con un enorme ramo de flores y se lo enseñó a Lui-

cha. Sobre el mismo había una tarjeta de la que se apoderó inmediatamente Yoannés y leyó su contenido que decía:

Adorada Luicha. No olvide que me tiene usted ofrecido asistir a cenar con nosotros en Perrouquett.

Su admirador,

Alejandro Martinau.

—Ahora es cuando comprendo toda la verdad de tu vida — exclamó loco por los celos Yoannés—. Esto es lo que tú querías ocultar a los ojos de todos y yo, tan imbécil, creí que tu alma era tan bella como tú.

Luicha luchaba desesperadamente para vencer a su amado de que nada tenía que reprocharse en su conducta, pero él ante la prueba que tenía, no quiso oírla y exclamó.

—Merecías que te abofeteara por mala, mujer perversa, infiel — y llevado de la locura de sus celos la arrojó violentamente contra un sofá. Al ver aquéllo la doncella, salió a pedir auxilio y momentos después el camerino se hallaba repleto de artistas, que sacaron a Yoannés, mientras que le empresario le decía.

—Salga usted de aquí inmediatamente. En mi casa no puedo permitir yo esta clase de escándalos.

Y a la vez que Luicha lloraba desconsola-

da el fin de aquel amor, tan grande como su vida, Yoannés recorría desesperado las calles de París. Su gran excitación fué calmándose a medida que andaba y algo más tranquilo ya, volvió al hotel, donde escribió una carta a "Mamá Kattalin", dándole cuenta de la conducta de Luicha. Pero cuando fué a depositarla en Correos pensó en el dolor que causaría a la pobre anciana aquella noticia y, sin fuerzas para hacerlo, destrozó el sobre.

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

TERCERA PARTE

La vida en París se le hizo insoportable a Yoannés y puso en práctica su proyectado viaje a América. Dos días después se hallaba a bordo del hermoso trasatlántico que había de conducirlo al nuevo mundo, cuando momentos antes de partir recibió un radiograma que decía:

No te marches. Dejaré el teatro. Volveré a nuestra vida, con tal de tener tu amor.

Luicha

Yoannés quedó estupefacto ante aquel telegrama. ¿Sería verdad lo que le decía Luicha? y cuando más decidido estaba a desembarcar, aquella tarjeta que recibiera del desconocido Martinau, suscitó de nuevo sus celos y contestó telegráficamente:

Demasiado tarde.

Yoannés

Había sido un momento de arrebató el que le había inducido a ejecutar aquel acto, pero en su corazón se mantenía firme, más fuerte

que nunca, la inmensa pasión de su vida. Se recostó sobre la borda del barco para ver las últimas operaciones de carga, y del fondo del agua le pareció ver salir la adorada imagen de Luicha, que le tendía las manos suplicándole que no se marchase, que volviera a su lado.

La aparición obró en él una reacción poderosa y corriendo como un loco, saltó a tierra y tomó el tren que había de conducirlo a París. Iba decidido a perdonar, a recoger a Luicha y a huir a las nuevas tierras de América, para comenzar una vida completamente nueva al lado de la que tanto amaba.

Entre tanto, en París, el millonario Alejandro Martinau seguía tenazmente la conquista de Luicha y aquella noche, después de la función acompañó a la bailarina hasta su camerino para que fuese con él a la cena que tenía organizada. Pero Luicha tenía el pensamiento fijo en Yoannés, esperaba con ansia una contestación al telegrama enviada por ella y cuando su doncella le entregó el que el muchacho le había dirigido se apresuró a abrirlo y su decepción fué inmensa. Cayó sobre el sofá llorando por la muerte de aquel amor y se dejó llevar por Martinau, hasta el automóvil que se hallaba en la puerta.

Entre los muchos curiosos que esperaban la salida de la famosa bailarina, oculto entre un grupo, Yoannés la vió salir. El lujo con que vestía, las alhajas con que se adornaba y toda

aquella frivolidad de que se hallaba rodeada la bailarina, le hizo comprender que había perdido para siempre a Luicha, a su Luicha de otros tiempos, y con el corazón acongojado por el dolor, la vió partir sin atreverse a presentarse.

CUARTA PARTE

Los medios de que disponía Yoannés fueron agotándose rápidamente y no tuvo más remedio que recurrir a la busca de un empleo. Escribió a varios anuncios y por fin le contestaron de un elegante "music-hall", diciéndole que aceptaban sus servicios como bailarín.

Elegantemente vestido, con el poco dinero que aún tenía, empezó para Yoannés una vida completamente nueva, completamente desconocida y su dignidad de hombre no podía avenirse a los caprichos de aquellas señoras con quien tenía que bailar en el aristocrático establecimiento.



Sólo, como un vagamundo sin pan ni hogar...

Una tarde el dueño del "music-hall", donde actuaba de "gigolo" le dijo:

—Vaya usted e invite a bailar aquella señorita del palco — y señaló a una mujer que luchaba por ocultar bajo los artificios del perfumista, el otoño de su belleza. Era Marisa Clainvert, la famosa "estrella" del cinematógrafo, cuyo nombre se lo disputaban los directores de "films". Se acercó a ella Yoannés

y haciéndole una galante reverencia le dijo:

—Señorita, ¿tiene la bondad de concederme este tango?

Ella hizo un gesto afirmativo y poco después la pareja se deslizaba a los acordes lánguidos de uno de esos tangos de moda. Yoannés era un admirable bailarín y su pareja lo seguía maravillosamente, hasta el punto de que todos los presentes dejaron de bailar para admirar las proezas de los bailarines.

Mientras bailaban, Marisa, que desde que entró no había perdido de vista al nuevo "gigolo" le dijo:

—Tiene usted un rostro verdaderamente fotogénico, ¿por qué no se dedica usted al cine?

— Nunca he trabajado y creo que no serviría para ello—respondió sinceramente Yoannés.

—Sin embargo — volvió a decirle Marisa—, estoy segura de que en el cine haría usted una brillante carrera.

—Cuando usted lo dice, así será — respondió galantemente el muchacho.

—Entonces, el día que se decida a ello, escríbame al estudio Ambert.

Un incidente ocurrido días después, con uno de los mejores parroquianos del "musich-hall", originó la expulsión de Yoannés, quien nuevamente tuvo que dedicarse a la busca de un empleo, para poderse ganar la vida. Pero los días pasaban rápidamente y los recursos del



...de sus labios brotó una oración.

joven llegaron a agotarse hasta el extremo de que el dueño del cuarto donde vivía lo arrojó de él por falta de pago, y Yoannés apuró el cáliz amargo de la pobreza y el desamparo.

Los fríos de diciembre llegaron y el pobre muchacho tuvo que pasar las noches como un triste vagabundo, sin pan ni hogar.

Era Nochebuena, esa noche tan memorable en el año, en que todos buscan el calor del hogar, la compañía de sus familiares y en esa noche, de tanta alegría para unos, Yoannés se encontraba completamente solo, sin más compañía que la de sus tristes pensamientos.

Las campanas de las iglesias llamaban a los fieles a la misa de la media noche y el joven entró en una de ellas. Sus ojos tropezaron con la Santa Imagen, Patrona de su pueblo, y de sus labios temblorosos brotó una humilde plegaria de súplica, para que protegiera su vida, que navegaba sin rumbo...

Mientras tanto, aquella misma noche, Luicha triunfaba en la magnífica fiesta que en su honor había preparado Martinau. Pero en medio de aquella alegría, de aquel torbellino, de bailes y músicas, la bailarina pensaba en aquel amor perdido, en Yoannés y sus labios murmuraban el nombre del ser adorado, a quien creía perdido para siempre.

Se acercó a su amigo, el clonw Paolo, y le dijo:

—¿Estás triste, Paolo? ¡También tú sufres?

—Sí, Luicha — respondió éste—. Sufro el mismo dolor que tú. Tú amas a un hombre que no quiso creer en tu virtud y yo amo a Daniela que juega con mi amor, sin llegar a comprender lo inmenso que es.

Y los dos amigos, a quienes una misma pena los unía, fueron comunicándose sus tristezas, como si hallaran un intuitivo, al poder hacer confidente de ellas a otra persona que las comprendía.

Si quiere Ud. aprender a bailar el
Tango argentino

Pida el nuevo método que acaba de publicarsr. Así también los métodos de

EL CHARLESTON
y
BLACK-BOTOM

Precio da cada método **25 céntimos**

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a
Biblioteca Filme, Apartado, 707 - Barcelona

QUINTA PARTE

La miseria impulsa al hombre a realizar actos que jamás se hubiera creído capaz de llevar a cabo y esta miseria fué la que obligó a Yoannés a solicitar la ayuda de Marisa. Un día se presentó en el estudio donde ésta trabajaba y le escribió una tarjeta que decía:

Soy el bailarín, a quien dijo usted una vez que podía ser artista de cine. Si no se ha arrepentido de su promesa, estoy a su disposición.

Yoannés

Cuando Marisa recibió la tarjeta lo hizo entrar inmediatamente y le dijo:

—Ya sabía yo que aquella vida no sería de su agrado. Aquí en el cine puede usted conquistar fama y dinero. Ahora llamaré al director y lo recomendaré.

En efecto, poco después hablaba con el director y le decía:

—Hay entre los comparsas que vienen a



La miseria impulsa al hombre.

solicitar trabajo uno que se llama Yoannés a quien desearía que le atendiese.

—Está bien — respondió aquel—. Haré que tome parte en la película "Boxeo" que estamos impresionando.

Aquella misma tarde empezó Yoannés a trabajar, ante la mirada escudriñadora de Marisa, que llamó la atención del director artístico diciéndole:

—Se ha fijado usted en aquel comparsa. Fíjese como se diferencia de todos los demás.

—Comprendido — contestó sonriendo el director—. Veo que se interesa usted por él.

—En efecto — respondió Marisa—. He sido yo quien le ha obligado a que trabaje en el cine y desearía que llegase a ser algo.

En el estudio los deseos de Marisa eran órdenes terminantes y aquella misma tarde el director quedó convencido de que Yoannés reunía aptitudes para llegar a ser una verdadera "estrella de cine. Se le adjudicó un importante papel en una película, en unión de Marisa y Juan Lacoste, que era el nuevo nombre artístico, adoptado por Yoannés, brilló en el firmamento cinematográfico.

Todos los periódicos publicaban, al lado de su retrato, las más extravagantes biografías del actor que había alcanzado el máximo favor del público.

A pesar de los esfuerzos de Marisa, su belleza otoñal había pasado desapercibida para Yoannés, en quien el recuerdo de Luicha iba amortiguándose con el tiempo. Pero una noche Yoannés, terminado su acostumbrado ensayo con Marisa, intentó salir de la casa de ésta y la artista quiso detenerle diciéndole:

—¿No ve usted que está diluviando? Espérese un poco más.

—No importa respondió él—. Tomaré un taxi a la salida.

—¿Tan desagradable le es mi compañía? — insistió ella.

Nada de eso, Marisa — exclamó Yoannés—. Bien sabe usted que nunca olvidaré todo lo que ha hecho por mí.

Marisa se acercó a él y poniéndole las manos en los hombros, a la vez que le ofrecía su boca provocativamente, le dijo:

—Yoannés, yo no quiero su agradecimiento. Mi amor exige algo más, porque... te amo como jamás he amado en la vida.

Era tan incitante la belleza de la artista en aquel momento, tan hechicera la tentación, que Yoannés no supo sustraerse a ella y la estrechó entre sus brazos diciendo:

Yo también te amo, Marisa. Nunca sospeché de este amor hasta ahora.

Y fueron felices, todo lo feliz que podía ser él, en aquel amor que ayudaba a olvidar al único verdadero que había sentido su corazón. Pero ella se aferraba a aquella pasión, con la desesperación de la mujer que siente huir de ella la juventud de la vida y el amor de Yoannes significaba para Marisa el compendio de todas las dichas. Nunca, hasta entonces, se había sentido tan absorbida por una pasión y llegó a temer por aquella felicidad.

—Soy tan dichosa, Yoannés, con tu amor — le decía — que a veces pienso que todo es un dulce sueño y temo a la realidad del despertar.

—No temas, Marisa — la tranquilizaba él—.

Jamás me separaré de ti. La vida a tu lado es para mí un verdadero paraíso desconocido.

Y en aquellos momentos de mutuas confidencias amorosas Yoannés no mentía, creía a ciegas en aquel amor, sin sospechar quela profunda herida de su corazón aun sangraba, al solo recuerdo de la otra.

SEXTA PARTE

La compañía que dirigía el director, a cuyas órdenes trabajaban Yoannés y Marisa, salió a filmar avrias escenas a la Costa Azul. El lugar elegido fué Niza y en sus alrededores instalaron los aparatos, decorados y cuanto fué preciso para la filmación de la película. Los días transcurrían sin que nada viniese a interrumpir la actividad del trabajo, hasta que una tarde un lujoso automóvil se paró a la puerta del estudio y su ocupante, que no era otra que la propia Luicha, se apeó de él y le dijo al portero:

—He sido enviada por el señor director para presenciar los tomas de vistas.



—¡Yoannés!

Momentos después se hallaba hablando con éste, que le presentó a la "estrella" diciéndole:

—Le señorita Marisa. La primera actriz de nuestro estudio.

Las hizo sentar en un lugar, desde donde podían ver las escenas que habían de "filmarse" y las dos mujeres sin adivinar la rivalidad que entre ellas existía, hablaban de los inconvenientes de cada una de sus profesiones, hasta que el director llamó la atención de la bailarina diciéndole:

—Ahora comenzará a trabajar el gran Lacoste. Ya verá usted que hombre tan excepcional.

En efecto, de una de las casas que figuraba el decorado, salió Yoannés y sus ojos tropezaron inmediatamente con Luicha.

La herida de su corazón volvió a abrirse en presencia de ella y huyó del "campo de acción".

Luicha no pudo tampoco reprimir su sorpresa y exclamó:

—¡Yoannés!

Era a la primera persona a quien Marisa oía llamar por su verdadero nombre al actor y los celos se arraigaron en ella previniéndola contra aquella mujer.

Por la noche, cuando llegaron al hotel Marisa recogió la correspondencia y entre ella vio un sobre, en el que la letra era de mujer y la

hizo sospechar de que aquella carta no podía ser de otra que de la famosa bailarina. En esta creencia se encerró en su cuarto y sus sospechas quedaron confirmadas al leer el escrito que decía:

Yoannés: Si es verdad todo el amor que decías tenerme, ven esta noche al teatro. Necesito sincerarme y convertirme de que soy digna de ti. Tu

Luicha

La lectura de aquella carta produjo en Marisa un desconsuelo inmenso. Comprendió que no podría luchar contra la pujante juventud de su rival. Pero no sabía hasta qué punto Yoannés amaría a aquella mujer y fué a la alcoba de éste, para exigirle una sincera confesión.

El encuentro de aquella tarde tenía a Yoannés anonadado; los recuerdos volvían a su mente atenazándola y con la cabeza entre las manos, permaneció largo rato, sin darse cuenta de la entrada de Marisa, que le preguntó al fin.

—¿Qué tienes?... ¿Parece que estás preocupado?

—No es nada — respondió, fingiendo indiferencia Yoannés — un poco de dolor de cabeza que desaparecerá en seguida.

—¿Estás seguro que no es el encuentro de “aquella” mujer? — preguntó Marisa.

—¿Cómo sabes tú?... — exclamó él.

—Porque los dos os habéis delatado, al veros — volvió a decirle la artista melancólicamente, y al ver que él callaba le preguntó de nuevo:

—¿La amas mucho?

—No sé, Marisa — respondió Yoannés sinceramente—. En otro tiempo hubiera dado la vida por élla, hoy no sé si la besaría, al tenerla junto a mí o si la estrangularía entre mis manos.

—Es lo mismo — suspiró tristemente. Mari — todo es amor.

Y se echó a llorar desconsoladamente.

Yoannés compadecido del amor de aquella mujer a quien tanto debía, se acercó a ella y la dijo :

—No llores, Marisa. Yo nunca te abandonaré. Sé lo mucho que has hecho por mí y mi vida te pertenece.

—No, Yoannés. Yo no quiero tu agradecimiento. Hasta ahora vivía dichosa, porque creía que por muy feliz que seas, guardes en tu corazón un sitio para el recuerdo de la pobre Marisa.

Y se abrazó a él desesperada, enloquecida por la idea de perder a aquel hombre, al último amor de su vida.

Aquella noche, Yoanés no pudo resistir al deseo de volver a contemplar nuevamente a Luicha y ocupó una butaca del teatro en el que élla trabajaba. De pronto un cortacircuito produjo una chispa y el decorado empezó a arder rápidamente. El incendio adquirió en pocos segundos proporciones gigantescas y mientras el público ganaba las salidas, Yoannés se lanzó al escenario llamando a gritos a Luicha. Esta lo reconoció y gritó desesperada.

—¡Yoannés!... ¡Sálvame!...

Y gracias a Yoannés Luicha salió ilesa del accidente, aunque él sufrió quemaduras que hicieron temer por su vida. Pero la fortaleza de su naturaleza vencieron y cuando el peligro desapareció halló una carta de Marisa que le decía:

Yoannés. Me voy muy lejos, donde jamás oirás hablar de mí. Amala y conserva en tu corazón un recuerdo para tu pobre

Marisa

Algunos días después Luicha y Yoannés, completamente restablecido, volvían a encontrarse en la terraza del hotel donde él vivía y arrebujaada entre los brazos del hombre que tanto amaba Luicha le decía:

—Yoannés, mi Yoannés. ¡Cuánto he sufrido!

Olvidalo todo, Luicha y piensa nada más
que en nuestro amor.

Y en aquel dulce atardecer, aromados por
el perfume de las flores, sonó un beso ardiente
que parecía el trino de dos almas que ento-
naban un himno al amor.

FIN

ZANEMANIA

REVISTA
MUSICAL

Números extraordinarios

60 céntimos

Núm. 1 **AGUSTIN IRUSTA**

Partes de piano y letras de

**ESTA NOCHE ME EMBORRACHO
y LA INGLESITA**

Núm. 2 **LUCIO DEMARE**

Partes de piano y letras de

**EL CARRERITO
y POMPAS DE JABON**

Núm. 3 **ROBERTO FUGAZOT**

Partes de piano y letras de

NIÑO BIEN y AVE NOCTURNA

Números corrientes

40 céntimos

Núm. 4 **MARCUCCI**

Parte de piano y letra de

LA REJA

— Pedidos a —
BIBL. OTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona
Remita cinco céntimos para el certificado. Fran-
queo gratis.